# Juan Rulfo por Juan Rulfo

VÍCTOR JIMÉNEZ

Juan Rulfo,
*Aire de las colinas. Cartas a Clara,*
Debate, Sudamericana, Plaza y Janés,
Madrid, Buenos Aires, México, 2000.

HAY, EN TÉRMINOS generales, dos maneras de acercarse a la vida y la obra de Juan Rulfo. La primera consiste en advertir que su literatura posee una originalidad radical, a partir del sólido conocimiento, por su autor, de la literatura universal y de materias como la historia de México, la geografía, la antropología, la historia del arte y la fotografía. Un estudioso[1] de la obra de Rulfo ya se ha referido a esto en el caso de la literatura, y no es extraño que autores como Günther Grass, Jorge Luis Borges[2] y Gabriel García Márquez,[3] entre otros, se encuentren entre quienes ubican la breve obra de Rulfo en un lugar importante de la literatura universal. Y cada año muchos lectores se suman a esta opinión.

Sin embargo, también existen críticos que prefieren ver la obra de Rulfo a través del ojo de una cerradura que no le corresponde, aplicándole, por ejemplo, categorías de análisis nacidas de ciertas incursiones en la "antropología", "psicología" o "sociología del mexicano" al uso hace algunas décadas. Con tales generalidades su literatura naturalmente se distorsiona. Hay que agregar los viejos estereotipos sobre lo que debe ser un escritor, con los que Rulfo pasa a ser atípico, y tal condición se considera una desventaja suya, cuando allí radica una de sus más destacadas virtudes.[4]

A los interesados en acercarse a Rulfo desde un ángulo más adecuado les convendría tratar de conocerlo, en lo posible, en el contexto que primero le corresponde, que no es sino el de las circunstancias en que se desenvolvió como hombre y autor. La discreción de Rulfo y su decisión de hacer que fuese su literatura la que se encargase de su explicitación han generado una vasta colección de "testimonios" de quienes coincidieron con él en algún momento de su vida, sostuvieron con él alguna conversación u obtuvieron de él la respuesta a una pregunta que hubiese deseado pasar por alto. Hay muchas páginas nacidas de un impulso que no siempre ha conducido a los mejores resultados, e incluso existen testigos que no han sabido resistir la tentación de convertirse ellos mismos en los protagonistas de la historia narrada, concediendo apenas al discreto Rulfo un papel secundario, como para despertar nuestra sorpresa sobre el hecho de que fuese el autor de una obra portentosa.

La verdad es que Rulfo no tenía el menor interés en importar su personalidad de acuerdo al modelo estereotipado de "hombre de letras", indistinguible del de cortesano con el que se identificó durante siglos y único que merece el respeto de los que sólo tienen ojos para los estereotipos. El caso de Juan Rulfo desorienta a quienes conciben al escritor como un hombre público que declara de manera incesante cualquier cosa sobre sus planes, intenciones y recónditas motivaciones (a veces de manera más elocuente que en su obra).

Sólo lo anterior ya justificaría dar a conocer a sus lectores la correspondencia que dirige Juan Rulfo a Clara Aparicio entre 1944 y 1950. Mediante la misma podrán aprehender el

contexto auténtico del autor y su obra. Y son muchos los ángulos de interés que estas cartas ofrecen a los que siempre han querido saber más de Juan Rulfo y de la forma en que se convierte en el autor de El Llano en llamas y Pedro Páramo. La vida que el autor deja ver en esta correspondencia es la de alguien que siempre mantuvo los pies en la tierra, y que desde esta postura crea una obra a la que alude con la misma naturalidad con que se refiere a sus contratiempos en el trabajo, a sus paseos, a la búsqueda del mejor momento para casarse y a la renta de una casa: sólo que él le cuenta a su novia, entre una cosa y otra, que está escribiendo los cuentos de El Llano en llamas y una novela que será Pedro Páramo. Tan sólo eso.

También puede encontrar el lector aquí una concepción del amor como refugio contra los males de este mundo, cuya falta puede hacer al hombre la criatura más desdichada (situación a la que él no quiere en absoluto exponerse). Y una visión despiadada del trabajo cuando éste destruye la vida humana. Están en estas cartas algunos de los fundamentos de su lenguaje literario, que adopta esa forma conversacional que, él insiste, es la de sus cartas: en ellas "platica" con Clara, quien también "platica" con él, dice, al responderle. Son muchos los giros que pueden identificarse en esta correspondencia como constitutivos ya de su literatura: reiteraciones, frases enteras de sus libros, un sentido del humor inconfundible, una imaginación creadora de historias, un rechazo a las miserias que se imponen a la vida de los demás y la propia (pero su determinación, también, de no perseguir la riqueza como meta). Está en estas páginas el Juan Rulfo lector que gasta más de lo que debería en libros, el excursionista que conocerá con sus propios pies una parte importante de la geografía mexicana y el vendedor que a bordo de su automóvil alcanza partes más remotas de la República. Está también el Rulfo fotógrafo, así como el que tiene planes para escribir sobre algunos temas de arquitectura, ilustrándolos con sus propias imágenes.

Juega Juan Rulfo en su correspondencia con las fechas, el dibujo y la caligrafía, bromea con los idiomas o las fórmulas de despedida y aborda en momentos a la propia Clara como personaje literario, pues no tiene alternativa dentro del plazo que ella le impone de noviazgo (atraviesa, al principio, por una etapa de amor desesperado), lo que se consolida cuando no viven ya en la misma ciudad y tienen que instaurar un amor epistolar que Juan Rulfo asume con plena determinación. El enamorado de Clara y elescritor se gestan de manera simultánea, y este dato también bastaría para justificar la publicación (necesariamente póstuma) de estas cartas.

Pierre Bourdieu hablaba, en 1996, de la posteridad de un autor como el único momento que permite ver su obra como un todo coherente: "una obra no es accesible en su totalidad sino como póstuma; los contemporáneos no tienen acceso sino a una parte ínfima de la obra —ignoran la mayor parte de las entrevistas, la correspondencia privada, etcétera— y, si se puede decir así, pedazo a pedazo, en orden cronológico, y no de una vez, uno intuito, como en las obras completas..."[5]

Sus actuales lectores tienen ahora una visión más completa de la vida y la obra de Juan Rulfo. En sus propias palabras.

Notas

1 Samuel Gordon, "Juan Rulfo: una conversación hecha de muchas. Diálogos entre textos, pre-textos y para-textos", en Juan Rulfo, *Toda la obra,* Archivos, Madrid, 1996 (segunda edición). Dice Gordon: "El universo de lecturas de Rulfo se distanciaba más y más del de

la mayoría de sus críticos. De no ser por alguna pista que dejaba caer en entrevistas aquí y allá, nadie buscaría acercarlo a Joseph Heller antes que a Agustín Yáñez o a Miodrag Bulatovic antes que a Martín Luis Guzmán (p. 518) ". Y agrega "cuánto le faltaba por leer a la crítica para poder leer a Rulfo? (p. 519)"

2 "Pedro Páramo es una de las mejores novelas de las literaturas de lengua hispánica, y aun de la literatura".

3 "No son más de 300 páginas, pero son casi tantas, y creo que tan perdurables, como las que conocemos de Sófocles". También decía, en una entrevista reciente (1998), que los escritores que merecían citarse eran, en su opinión, "Dante, Cervantes y Juan Rulfo".

4 Pierre Bourdieu, *La distinción,* Taurus, Madrid, 1991. Este autor se refiere a un discurso sobre el arte hecho de una revoltura en que coexisten "intuiciones" contradictorias, plagios, vulgaridades retóricas e impresiones cuyo mayor mérito es "no ser falsas". Quienes adoptan este discurso "siempre se venden ellos mismos como modelos y como garantes del valor de sus productos (pp. 333, 369)". La crítica que adopta este discurso califica o descalifica a un autor según su cercanía a este modelo.

5 Pierre Bourdieu, *Capital cultural,* escuela *y espacio social,* Siglo XXI, México, 1997, p. 20.